



Dirección de  
Desarrollo  
Humano  
y Educación



# RESUMEN DEL LIBRO: EL ESPÍRITU DE LA ESPERANZA

*Escrito por Byung-Chul Han*

*Resumen elaborado por Omar Miranda Romero*



## **Resumen de *El espíritu de la esperanza*, de Byung-Chul Han**

*El espíritu de la esperanza. Contra la sociedad del miedo*, de Byung-Chul Han, es una reflexión filosófica sobre la esperanza como fuerza espiritual, política, existencial y cognoscitiva frente al clima contemporáneo de miedo. El libro se organiza en un preludio y tres grandes apartados: “Esperanza y acción”, “Esperanza y conocimiento” y “Esperanza como forma de vida”. A lo largo de la obra, Han dialoga con autores como Gabriel Marcel, Ernst Bloch, Hannah Arendt, Albert Camus, Spinoza, Nietzsche, Heidegger, Walter Benjamin, Paul Celan, Ingeborg Bachmann, Jürgen Moltmann, Václav Havel, Pascal, Goethe y otros. También incorpora imágenes de Anselm Kiefer, cuyo universo visual de ruinas, cenizas, escaleras, plomo, materia destruida y posibilidad de reviviscencia acompaña simbólicamente el argumento central: la esperanza no niega la oscuridad, sino que nace precisamente en ella.

La tesis fundamental del libro es que vivimos en una sociedad dominada por el miedo. Ese miedo no es solo una emoción individual, sino una atmósfera colectiva, una estructura social, política y económica que paraliza la vida, empobrece la imaginación y cancela el futuro. Frente a esa sociedad del miedo, Han propone recuperar la esperanza, no como optimismo ingenuo, ni como pensamiento positivo, ni como evasión de la realidad, sino como una disposición profunda que abre posibilidades, crea vínculos, anima la acción y permite que la vida sea algo más que supervivencia.

El preludio inicia con una descripción del presente como época apocalíptica. Han señala que la humanidad vive rodeada de escenarios de catástrofe: pandemias, guerras, cambio climático, crisis civilizatorias, colapsos políticos y amenazas ecológicas. La cultura contemporánea consume imágenes del fin del mundo; los apocalipsis se han vuelto mercancía, tema literario, cinematográfico y mediático. Este ambiente produce una relación angustiada con el futuro. El porvenir aparece como amenaza, no como promesa. La vida se reduce a gestionar crisis, resolver problemas y sobrevivir de una emergencia a otra. Para Han, esta reducción de la vida a supervivencia es una de las patologías centrales de nuestro tiempo. Cuando la existencia solo busca evitar la muerte o el desastre, pierde su amplitud, su sentido y su orientación.

En este contexto, la esperanza aparece como lo único que puede devolver a la vida su horizonte. La esperanza, según Han, “regala futuro” porque abre un espacio de sentido donde todavía puede nacer algo nuevo. Sin esperanza, el futuro queda clausurado; con esperanza, el futuro vuelve a ser una dimensión abierta. Esta diferencia es decisiva: el miedo estrecha, la esperanza amplía. El miedo encierra, la esperanza pone en camino. El miedo instala señales de advertencia; la esperanza señala direcciones. El miedo crea una sociedad acorralada, encerrada en la lógica de la defensa, la sospecha y la autoprotección; la esperanza crea una sociedad capaz de narrar, imaginar, vincularse y actuar.

Han insiste en que el miedo es incompatible con la libertad y con la democracia. Una comunidad dominada por el miedo se vuelve dócil, manipulable y agresiva. El miedo ha sido siempre un instrumento de dominio porque vuelve a las personas fáciles de gobernar mediante amenazas, castigos o alarmas permanentes. En la actualidad, el miedo no solo procede de los Estados o de poderes autoritarios; también circula en la esfera digital mediante discursos de odio, linchamientos, cancelaciones y mecanismos de intimidación que inhiben la libertad de pensamiento y expresión. Cuando la gente tiene miedo de pensar o decir algo distinto, se impone el conformismo. La diferencia desaparece y todo se somete a la lógica de lo igual.

El miedo también alimenta resentimientos sociales y políticos. Han observa que la angustia y el resentimiento favorecen los populismos de derecha, erosionan la solidaridad, destruyen la empatía y amenazan la democracia. La democracia, para prosperar, necesita una atmósfera de diálogo, reconciliación y escucha. No puede sobrevivir donde cada uno absolutiza su opinión y se niega a escuchar al otro. La esperanza, en cambio, abre una dimensión comunitaria porque no se vive en aislamiento, sino en relación. El sujeto de la esperanza no es el individuo encerrado en sí mismo, sino un “nosotros”.

Para explicar la diferencia entre miedo y esperanza, Han recurre a la etimología. La angustia está asociada a la estrechez, al encierro, a la falta de aire y de perspectiva. Quien está angustiado se siente aprisionado, como si el mundo fuera una cárcel. La esperanza, por el contrario, tiene que ver con mirar hacia lo lejos, estirarse hacia adelante, tomar el viento, orientarse. Esperar significa abrir los ojos a lo venidero. Esta imagen es central en el libro: la esperanza no es pasividad, sino una forma de atención ampliada. Quien espera escucha, olfatea, presiente, busca señales, se orienta hacia lo que todavía no existe.

Uno de los puntos más importantes de la obra es la distinción entre esperanza y optimismo. Para Han, el optimismo no es esperanza. El optimismo es pura positividad; supone que las cosas saldrán bien y por eso no conoce la duda, la desesperación ni la negatividad. El optimista vive en un tiempo cerrado porque cree que el futuro ya está garantizado. No se abre verdaderamente a lo inesperado, a lo indisponible o a lo nuevo. La esperanza, en cambio, nace de la negatividad. Cuanto más profunda es la desesperación, más intensa puede ser la esperanza. La esperanza no ignora el sufrimiento, sino que se enciende en medio de él. Por eso Han la describe como una figura dialéctica: su luz no existe sin oscuridad.

También el pesimismo queda separado de la esperanza. Aunque parece lo contrario del optimismo, para Han el pesimismo es su reflejo inverso. Tanto el optimista como el pesimista viven en un tiempo cerrado: el primero está seguro de que todo saldrá bien; el segundo, de que todo saldrá mal. Ambos son ciegos a las posibilidades. La esperanza no es certeza de éxito, sino apertura a lo posible. No garantiza que las cosas vayan a salir bien, pero permite actuar incluso cuando el resultado no está asegurado. Su fuerza no procede de la probabilidad, sino del sentido.

Han critica igualmente el pensamiento positivo y la psicología positiva. Según él, estas corrientes convierten la felicidad en una responsabilidad individual y privatizan el sufrimiento. Si alguien sufre, se le exige cambiar su actitud mental, sustituir pensamientos negativos por positivos y hacerse responsable de su bienestar. Esta lógica oculta las causas sociales del sufrimiento y deja intactas las estructuras que lo producen. Además, el culto a la positividad aísla a las personas: cada una se ocupa de su propia felicidad, de su rendimiento emocional y de su bienestar privado. La esperanza es distinta porque no niega las negatividades de la vida. Las toma en serio, las atraviesa y, al hacerlo, vincula a las personas. Mientras el pensamiento positivo puede volverse egoísta e insolidario, la esperanza es comunitaria y reconciliadora.

Otro eje del preludeo es la crítica al régimen neoliberal. Han sostiene que el neoliberalismo produce miedo de manera estructural. Al convertir a cada persona en empresaria de sí misma, la obliga a competir, rendir, optimizarse y responsabilizarse de su éxito o fracaso. La presión ya no viene de una autoridad externa, sino del propio sujeto, que se explota a sí mismo creyendo realizarse. La libertad se transforma en coerción: somos “libres” para exigirnos más, para ser creativos, eficientes, auténticos y productivos. Esta autoexplotación genera ansiedad, depresión, soledad y miedo a fracasar, a no estar a la altura, a quedar rezagado.

La creatividad, que suele presentarse como liberación, aparece en Han como un dispositivo neoliberal. La sociedad exige creatividad para aumentar la productividad, pero esa creatividad no produce lo radicalmente nuevo. Solo genera variaciones de lo mismo. La verdadera novedad, la que implica ruptura, nacimiento y comienzo, queda bloqueada. En la sociedad del rendimiento, incluso lo nuevo se vuelve producto de consumo. Por eso Han afirma que falta una nueva forma de vida que no se reduzca a producción y consumo.

La comunicación digital agrava este proceso. Aunque estamos hiperconectados, los vínculos se debilitan. El contacto sustituye a la relación. La conexión técnica no produce proximidad real. El otro se convierte en objeto de consumo, espejo del ego o instrumento para satisfacer necesidades. Al perderse el trato con el otro, la sociedad se vuelve narcisista y aumenta la angustia. La esperanza se opone a esta dinámica porque no aísla, sino que une. En la esperanza anida el amor; por eso es incompatible con la soledad narcisista.

Han dialoga con Ernst Bloch, quien afirma que la esperanza se puede aprender. Han matiza esta idea: la esperanza no se enseña como una virtud cualquiera. No basta con instruir a las personas para que esperen. Donde impera el miedo, la esperanza no nace. Por eso se necesita una política de la esperanza, capaz de crear una atmósfera distinta. La esperanza se propaga como una llama; no se impone desde fuera, sino que se transmite, se contagia, crea comunidad. Para Han, no existe una revolución del miedo. Quien tiene miedo se somete al poder. Solo la esperanza de un mundo distinto despierta energía revolucionaria.

El prelude concluye con una referencia a la película *Hijos de los hombres*. En ella, la humanidad se enfrenta a la esterilidad total: ya no nacen niños. Han interpreta esta imagen como metáfora de una sociedad sin futuro. El nacimiento simboliza la llegada de lo nuevo, la posibilidad de otro comienzo. Donde no hay nacimiento, no hay esperanza; solo repetición de lo mismo. La depresión colectiva es justamente la incapacidad de imaginar un mañana. La esperanza, por el contrario, es salto, afán, pasión por lo nuevo y fuerza que libera del futuro agotado.

En el capítulo “Esperanza y acción”, Han se enfrenta a una larga tradición que ha visto la esperanza como enemiga de la acción. Según esta crítica, esperar sería resignarse, huir del presente, refugiarse en ilusiones o renunciar a transformar la realidad. Albert Camus representa esta sospecha. Para Camus, la esperanza puede equivaler a evasión, a traición de la vida concreta en nombre de una idea superior. Han rechaza esta interpretación. Para él, Camus no comprende la amplitud de la esperanza porque la reduce a pasividad o consuelo ilusorio.

Han recupera el mito de Pandora para mostrar otra lectura: si la esperanza queda dentro de la caja, no es necesariamente un mal, sino quizá el antídoto escondido contra los males de la humanidad. La esperanza no nos aparta de la vida, sino que nos ayuda a perseverar en ella. Nietzsche, en esta línea, permite entender la esperanza como afirmación de la vida, como porfía ante el sufrimiento. La esperanza no equivale a resignación; es una fuerza que impide renunciar a vivir.

Han sostiene que una vida sin ideas, sin horizonte de sentido, se reduce a nutrición, supervivencia o consumo. La libertad, la solidaridad, la justicia, la amistad o la humanidad son ideas que orientan la acción. No se puede actuar de manera plenamente humana sin un horizonte de sentido. El consumo, en cambio, clausura la esperanza porque reduce el tiempo al presente de necesidades y satisfacciones. El consumidor no espera; desea. El deseo apunta a objetos concretos, mientras que la esperanza abre un horizonte más amplio. Por eso Han afirma que la palabra “esperanza” no pertenece al vocabulario capitalista.

Frente a Camus, Han defiende que la esperanza tiene una dimensión activa. Ella mueve a actuar e inspira lo nuevo. Un pensamiento sin esperanza se convierte en cálculo; no genera futuro. Incluso en Camus, observa Han, aparece una nostalgia de unidad, una fidelidad a la luz, una sensibilidad hacia la vida que revela una esperanza no reconocida. La esperanza no traiciona la vida: vivir significa esperar. La vida misma, entendida en su intensidad y apertura, es inseparable de la esperanza.

Spinoza también es criticado por oponer razón y esperanza. Para Spinoza, quien vive bajo la guía de la razón debe depender cada vez menos de la esperanza y del miedo. Han responde que la razón solo alcanza lo existente, lo calculable, lo ya dado. La esperanza, en cambio, abre un campo de acción inaccesible para la razón. Tiende una pasarela sobre abismos ante los cuales la razón se detiene. Permite percibir indicios de lo venidero, de lo todavía no nacido. En este sentido, la

esperanza no es irracionalidad simple, sino una forma distinta de relación con la realidad.

Han distingue entre esperanza pasiva y esperanza activa. La esperanza débil se parece al deseo o a la espera inactiva. Pero la esperanza fuerte es dinámica, entusiasta, creadora. No consiste en aguardar sin hacer nada; contiene resolución para actuar. Posee una fuerza de salto. A diferencia del deseo, que se dirige a un objeto puntual, la esperanza desarrolla una narración. Tiene duración, amplitud y capacidad de orientar acciones. El deseo nace de la carencia; la esperanza fuerte, en cambio, posee plenitud y fuerza luminosa. Ilumina el mundo y permite verlo de otro modo.

La esperanza es también un estado de ánimo básico. No es solo un proyecto verbal o una virtud adquirida. Han critica a Terry Eagleton cuando este entiende la esperanza principalmente como hábito de pensar, sentir y actuar. Para Han, la esperanza precede al lenguaje; lo templea y lo hace posible. No se puede reducir a una costumbre intencional porque, como la angustia, nos sobreviene, nos toma y nos transforma. Es una disposición más profunda que la voluntad.

Wittgenstein sirve a Han para mostrar que la esperanza está ligada al lenguaje y al futuro. Podemos imaginar animales tristes, alegres o temerosos, pero resulta difícil imaginar un animal esperanzado en sentido humano. La esperanza requiere una relación narrativa con el tiempo, una idea de mañana, una capacidad de prometer y de proyectarse. Los animales pueden desear, pero no esperan como los humanos porque su lenguaje no articula un futuro narrativo. La esperanza habita en una forma de vida temporal y lingüística.

Erich Fromm ayuda a Han a formular la esperanza activa. Fromm la concibe como una disposición a estar preparado para lo que aún no ha nacido. La esperanza fuerte reconoce signos de nueva vida y ayuda a que nazcan. Han adopta esta imagen: la esperanza es obstetricia de lo nuevo. Aviva la atención, agudiza los sentidos, permite percibir posibilidades que la razón no advierte. Sin esperanza no hay resurgimiento ni revolución. La esperanza preserva la vida de la parálisis y la anquilosis.

Nietzsche permite pensar la esperanza como embarazo. Esperar es estar preparado para el nacimiento de algo que será mayor que nosotros. Esta imagen es fundamental porque muestra que la esperanza no es dominio ni fabricación voluntarista. Quien espera no fuerza lo nuevo; lo cuida, lo protege, lo deja madurar. La esperanza tiene una dimensión contemplativa: escucha, presiente, recibe. Incluso la acción suprema contiene una forma de inactividad, una receptividad creadora. Han critica así el culto moderno de la voluntad y de la producción. Lo nuevo no nace simplemente porque alguien quiera producirlo; nace en un espacio de espera, cuidado y apertura.

Martin Luther King representa para Han la dimensión política de la esperanza. Su sueño no es fantasía evasiva, sino visión diurna que orienta la acción colectiva. Han

distingue los sueños nocturnos de los sueños diurnos. Los sueños nocturnos miran hacia el pasado y suelen estar ligados al inconsciente, al trauma o a la regresión. Los sueños diurnos, en cambio, miran hacia adelante. Son imaginaciones del futuro que pueden englobar a un nosotros. Las revoluciones nacen de sueños diurnos, no de pesadillas privadas. La esperanza activa sueña despierta, imagina un mundo mejor y moviliza acciones para transformar lo que no debería existir.

Hannah Arendt ocupa un lugar importante en este capítulo. Arendt entiende la acción como capacidad de comenzar algo nuevo. Para ella, la natalidad es el fundamento de la acción humana: los hombres pueden iniciar nuevos procesos porque nacen como seres nuevos. Sin embargo, Han considera que Arendt no desarrolla una verdadera teoría de la esperanza. Para Arendt, el perdón y la promesa son condiciones básicas de la acción: el perdón libera del pasado y la promesa introduce estabilidad en el futuro incierto. Han responde que ni el perdón ni la promesa bastan. El perdón no puede aplicarse a consecuencias no previstas de la acción, porque esas consecuencias pertenecen a la contingencia de la finitud humana. Y la promesa no puede cerrar por completo el futuro, pues si el futuro estuviera totalmente disponible, la esperanza no tendría lugar. Lo que realmente abre el campo para recomenzar no es el perdón, sino la esperanza.

Para Han, la esperanza precede a la acción. No actuamos primero y luego esperamos; podemos actuar porque esperamos. La esperanza inspira la acción y la convierte en pasión por lo nuevo. Sin esperanza, la actividad se reduce a resolver problemas, administrar crisis o mantener lo existente. La esperanza no pertenece solo a la vida activa ni solo a la vida contemplativa: une ambas. Tiene energía activa y, al mismo tiempo, receptividad contemplativa. Esta síntesis es uno de los aportes centrales del libro.

Han introduce luego la esperanza absoluta, que nace en la desesperación absoluta. Esta aparece cuando se derrumba la narrativa que sostiene la vida: los valores, normas, conceptos y sentidos que permiten comprender la existencia. Cuando el entramado de sentido colapsa, ya no hay problemas que resolver, porque los problemas presuponen un mundo todavía funcional. En la desesperación absoluta no se necesita una solución, sino una redención. La esperanza absoluta surge allí donde parece imposible actuar. Por eso no depende del éxito ni de un pronóstico favorable. Su fuerza consiste en afirmar que todavía hay sentido.

Paul Celan e Ingeborg Bachmann aparecen como testigos de esta esperanza en medio de la devastación. En Celan, el lenguaje permanece como fiel compañía después de pérdidas extremas. La poesía se convierte en lugar de esperanza porque resiste el enmudecimiento. En Bachmann, escribir presupone creer en un día que vendrá, aunque ese día haya sido destruido una y otra vez. La esperanza es condición de la escritura y de la vida. Incluso si el país esperado no existe, hay que mantener la esperanza de llegar a él, porque sin esa esperanza se deja de vivir plenamente.

Kafka ofrece a Han imágenes de la “esperanza desesperanzada”. En una parábola, un personaje llamado Desesperanzado navega por el Cabo de Buena Esperanza en una pequeña barca, tranquilo entre aguas peligrosas. En otra, un mensaje imperial enviado a un súbdito lejano nunca llega porque el mensajero queda atrapado en palacios, escaleras, patios y multitudes infinitas. Sin embargo, el destinatario sueña con ese mensaje. Para Han, la esperanza crea el mensaje o lo mantiene en camino. La esperanza absoluta no llega a una meta definitiva; su fuerza está en mantenerse viva sin garantía de cumplimiento.

La construcción de la Muralla China, también en Kafka, expresa una esperanza interminable que crea comunidad. La muralla quizá no protege de enemigos externos; más bien une al pueblo hacia dentro. La obra común, aunque nunca concluya, genera hermandad, confianza y alma colectiva. Han contrasta esta comunidad esperanzada con la sociedad narcisista actual, en la que la sangre simbólica ya no circula por el mundo común, sino que queda encerrada en el ego. La esperanza tiene amplitud y funda un nosotros.

Václav Havel permite formular una de las definiciones más importantes del libro: la esperanza no es optimismo ni pronóstico. No es la convicción de que algo saldrá bien, sino la certeza de que algo tiene sentido, independientemente del resultado. Esta idea resume gran parte de la obra. La esperanza no depende del curso visible de las cosas. Tiene una dimensión trascendente, una orientación del corazón hacia una lejanía que supera los límites del mundo inmediato. Por eso permite actuar incluso cuando la situación parece desesperada.

En “Esperanza y conocimiento”, Han afirma que el pensamiento tiene una dimensión afectiva y corporal. No pensamos solo con conceptos abstractos, sino con afectos, emociones, pasiones y estados de ánimo. Por eso la inteligencia artificial, según Han, no piensa realmente: calcula, selecciona entre posibilidades dadas, pero carece de cuerpo, afectos, amor y esperanza. Pensar de verdad implica abrirse a lo totalmente distinto, a lo que no está ya disponible. Por eso Han retoma la figura deleuziana del “idiota”: quien piensa de verdad rompe con lo dado y se atreve a un nuevo comienzo. Solo quien puede parecer idiota ante la lógica dominante puede tener esperanza.

Han desarrolla la relación entre amor y conocimiento. Con Goethe, Scheler, Pascal, san Agustín, Platón y Heidegger, sostiene que solo conocemos profundamente lo que amamos. El amor no ciega, sino que hace ver. La mirada amorosa no distorsiona la realidad; la revela en su plenitud. La flor, por ejemplo, alcanza una forma de consumación cuando es contemplada amorosamente. El pensamiento filosófico, desde Platón, ha estado asociado al eros, al deseo de verdad y belleza. Sin eros, el pensamiento se encierra en lo igual. La inteligencia artificial no puede pensar porque no ama, no desea lo distinto, no tiene amigos ni amantes.

Sin embargo, Han distingue el conocimiento del amor y el conocimiento de la esperanza. El amor suele mirar hacia la esencia, hacia lo que ha sido o hacia lo que se revela en su plenitud presente. En Platón, conocer es recordar; en Hegel, la

filosofía llega al atardecer, cuando una forma de vida ya ha envejecido; en Heidegger, el pensamiento retorna a lo sido, a la esencia que ya campa. La esperanza, en cambio, conoce de manera prospectiva. No mira principalmente a lo que fue, sino a lo que todavía no es. Su temporalidad es el “todavía no”. La esperanza es una vía de conocimiento porque permite percibir posibilidades futuras escondidas en la realidad.

Han recupera la fórmula teológica “creo para entender” y la transforma en “espero para entender”. La esperanza agranda el alma para acoger cosas grandes. Quien tiene esperanza no se limita a registrar propiedades presentes de las cosas; mira hacia su futuro. Lutero le sirve para oponer la mirada metafísica, centrada en la esencia, a la mirada apostólica, centrada en la expectación de la criatura. El pensamiento esperanzado no se articula solo en conceptos; también en anticipaciones, presagios y presentimientos.

La lechuza de Minerva de Hegel, que vuela al anochecer, simboliza para Han el pensamiento retrospectivo. La filosofía, según Hegel, comprende una realidad cuando esta ya ha culminado. Han opone a esa imagen el canto del gallo que anuncia el amanecer: un pensamiento que no llega después de los hechos, sino que presiente un mundo rejuvenecido. El pensamiento de la esperanza no pinta gris sobre gris; busca el azul de la lejanía. Bloch asocia el azul con lo que aún no ha llegado a ser real. Una sociedad sin esperanza, dice Han, está envuelta en gris porque ha perdido la lejanía.

La esperanza también permite mirar el pasado de otra manera. No lo ve como algo cerrado, sino como portador de sueños incumplidos, promesas no realizadas y huellas de redención. Walter Benjamin es central aquí: el pasado contiene un índice secreto que remite a la posibilidad de redención. El espíritu de la esperanza rastrea en lo ya ocurrido aquello que todavía puede venir. Sin esperanza, quedamos atrapados en la repetición de lo igual; con esperanza, incluso el pasado se abre al futuro.

Han distingue entre el inconsciente del psicoanálisis y aquello de lo que todavía no somos conscientes. El inconsciente freudiano contiene principalmente lo reprimido, lo antiguo, lo traumático. Mira hacia atrás. En cambio, lo todavía no consciente contiene gérmenes de futuro, contenidos que apenas despuntan desde lo venidero. La esperanza da acceso a esa preconciencia de lo nuevo. No se trata de regresiones, sino de progresiones. Los sueños diurnos nacen de esta zona donde se gestan posibilidades. La esperanza interviene así en la generación de lo nuevo.

Han también critica a Bloch por reducir la esperanza a voluntad e inmanencia. Aunque Bloch entiende la esperanza como fuerza utópica, Han considera que su “optimismo militante” pierde la dimensión contemplativa y trascendente de la esperanza. La esperanza no es simplemente caminar erguido con voluntad rebelde. Su postura no es la del dominio, sino la de estirarse hacia adelante y aguzar el oído. No se subleva como voluntad prometeica; más bien recibe, se deja portar, se abre

a posibilidades contra toda probabilidad. La esperanza viene de otra parte y por eso está emparentada con la fe.

En “Esperanza como forma de vida”, Han profundiza en la esperanza como modo ontológico básico. Aunque esperanza y angustia se oponen, ambas comparten una estructura: no tienen un objeto concreto. El miedo se dirige a algo determinado; la angustia se refiere al hecho mismo de estar en el mundo. De modo semejante, la esperanza profunda no se reduce a esperar un objeto específico. Define y templa radicalmente nuestro ser. Por eso Han propone entenderla como un existencial, al modo en que Heidegger entiende la angustia.

Heidegger había dado a los estados de ánimo un papel fundamental: antes de conocer algo objetivamente, ya estamos en un estado de ánimo que nos abre el mundo. No encontramos primero objetos neutros y luego les añadimos emociones; más bien, el mundo se nos da siempre ya templado afectivamente. Para Heidegger, la angustia es el estado de ánimo privilegiado porque revela la existencia en su desnudez. Han acepta la importancia de los estados de ánimo, pero cuestiona el privilegio de la angustia. Propone que la esperanza también abre el mundo de manera originaria, y quizá de forma más fecunda.

La angustia revela la nada, el desamparo, la falta de fundamento; la esperanza revela posibilidades, caminos, mundo. La angustia individualiza, separa y aísla; la esperanza vincula, orienta y comunaliza. La angustia nos arroja a la experiencia de que todo puede perder sentido; la esperanza nos abre a que el sentido pueda renacer. Como forma de vida, la esperanza no es un estado ocasional, sino una manera de habitar el mundo. Quien vive esperanzadamente no niega la negatividad, pero tampoco queda capturado por ella.

La esperanza se relaciona con la confianza. Ambas presuponen un horizonte abierto. Si todo estuviera asegurado, no haría falta confiar; si todo estuviera determinado, no haría falta esperar. La confianza permite actuar sin saberlo todo. La esperanza permite vivir sin garantías. En una sociedad dominada por el control, el cálculo y la seguridad, esta apertura resulta difícil. El mundo contemporáneo quiere eliminar la incertidumbre mediante pronósticos, datos, algoritmos y gestión de riesgos. Pero la esperanza se mueve precisamente en lo indisponible. No calcula probabilidades; cuenta con lo imprevisible.

Han destaca también la dimensión contemplativa de la esperanza. En una cultura obsesionada con la acción, la productividad y la eficacia, la esperanza enseña otra relación con el tiempo. Esperar no significa pasividad vacía, sino atención intensa. Es una escucha del futuro. La esperanza sabe detenerse, percibir señales, dejar madurar lo que aún no existe. Por eso no se identifica con la voluntad. La voluntad quiere imponer; la esperanza deja venir. La voluntad controla; la esperanza acoge. La voluntad se cierra en sus objetivos; la esperanza permanece abierta a lo inesperado.

Esta dimensión contemplativa no contradice la acción, sino que la renueva. Una acción sin esperanza se vuelve gestión, reacción o mera ejecución. Una esperanza sin acción se debilita y se vuelve deseo pasivo. Han busca una síntesis: la esperanza verdadera contempla y actúa, recibe y transforma, espera y se pone en camino. Su actividad nace de la receptividad. Su fuerza no es la violencia de la imposición, sino la energía de lo que se abre al nacimiento.

Las imágenes de Anselm Kiefer acompañan esta filosofía. Sus obras muestran ruinas, escaleras, restos, materiales pesados, paisajes devastados y signos de memoria. Pero esas ruinas no son simple destrucción; contienen una fuerza de reviviscencia. La esperanza de Han no es decorativa ni luminosa en sentido superficial. Es una esperanza que atraviesa cenizas. La escalera de la portada puede leerse como una figura de ascenso en medio de un paisaje oscuro, una orientación vertical en un mundo herido. Las imágenes no ilustran de manera simple el texto, sino que encarnan su atmósfera: la esperanza nace entre restos, en lugares donde todavía puede abrirse una salida.

La obra concluye afirmando la esperanza como fuerza que permite levantarse en medio de la desesperación más absoluta. Quien tiene esperanza se vuelve receptivo a posibilidades que, sin ella, ni siquiera percibiría. La esperanza habita un campo de posibilidades que supera la voluntad y hace innecesarios los pronósticos. Esperar no significa estar seguro de que algo ocurrirá, sino confiar en que lo imprevisible puede abrir caminos contra toda probabilidad.

En conjunto, *El espíritu de la esperanza* es una defensa filosófica de la esperanza frente al miedo contemporáneo, pero también frente a sus falsificaciones: optimismo, pensamiento positivo, deseo, expectativa, voluntad militante o evasión. La esperanza no es ingenuidad ni resignación. No consiste en creer que todo irá bien, ni en negar la catástrofe, ni en repetir frases positivas. Es una fuerza espiritual que nace de la negatividad, una pasión por lo posible, una forma de conocimiento orientada al futuro, una energía política que crea comunidad y una forma de vida que permite habitar el mundo sin quedar sometidos al miedo.

Han propone recuperar una esperanza capaz de abrir futuro en una época que parece haberlo perdido. La sociedad del miedo vive pendiente de amenazas, encerrada en la supervivencia, aislada por la competencia, acelerada por el rendimiento y empobrecida por la comunicación digital. Frente a ella, la esperanza devuelve amplitud, narración, vínculo y sentido. Nos permite salir de la cárcel del tiempo cerrado, abandonar la repetición de lo mismo y disponernos al nacimiento de lo nuevo.

La esperanza, tal como Han la entiende, no promete éxito. Su grandeza está en otra parte: sostiene la vida cuando el éxito no está garantizado. Permite actuar porque algo tiene sentido, no porque el resultado esté asegurado. En este sentido, la esperanza es más profunda que el optimismo y más fuerte que la voluntad. Es confianza en lo imprevisible, fidelidad a lo venidero, apertura a lo distinto y

capacidad de comenzar de nuevo. Allí donde el miedo clausura el mundo, la esperanza vuelve a abrirlo.